

Cóndores de ayer y de hoy de cómo recuperar La violencia colombiana

Herbert Tico Braun
University of Virginia

...por lo general, los muertos de la violencia han sido todos los de ruana, pobres campesinos que no encontraron otro ideal en la vida que vivir a su partido liberal o su partido conservador.

*Gustavo Álvarez Gardeazábal,
Cóndores no entierran todos los días, p. 131*

Comencé a hacerme una serie de preguntas poco acostumbradas hace unos dos años cuando me tropecé con las palabras de Alberto Lleras Camargo en sus *Memorias*, uno de esos textos que Gustavo Álvarez Gardeazábal identifica como un “instrumento del poder”, que hace parte de una larga tradición colombiana “donde la capacidad de los administradores de la cosa pública se midió y aun hasta se respetó por la calidad o prontitud que los aspirantes a dirigentes tuvieran en materias literarias.”¹ Ya todos sabemos que esa tradición ha dejado de existir.

“Claro que siempre se requería tener, detrás de la insurrección, un jefe militar prestigioso, y éste, al lanzarse a la acción, debía contar con treinta o cuarenta amigos, jefes menores, que no vacilaran en responder a su llamado” escribe Alberto Lleras en 1975, reflexionando sobre cómo se habrán engendrado las guerras del siglo diecinueve. *“A su vez, éstos tendrían conexiones en las provincias, amigos en los pueblos y capitanes resueltos en las minas, las haciendas, los hatos, plantaciones de café, de caña, de tabaco, de añil, de quina. Eran los terratenientes, y grande su influencia y su mando sobre los campesinos de pie al suelo, macheteros naturales para quienes la guerra, aun dura y letal, resultaba un ejercicio alegre que, con sus tiros y sus gritos, sus asaltos y atropellos a la propiedad y a la mujer del prójimo, rompía la sórdida*

*rutina del trabajo, desde el alba a la noche, del mezquino salario, de las comidas sin sabor, las tediosas borracheras en la venta y los menudos hechos de violencia, crueldad y celos. Porque al campesino aislado en su rancho, más que al habitante de la aldea, se lo devoraba la soledad, el silencio, la oscuridad nocturna, el impenetrable rostro de la mujer, el ladrido de los perros, el llanto de las criaturas...Porque la guerra era, en cierta forma, una gran diversión, una fiesta, el sublime deporte del pueblo, secularmente aburrido de vivir entre la pobreza y el pecado...La guerra era el correo popular, y en muchos casos, el único”*² Alberto Lleras, dos veces presidente de la república, escribe bien.

Lleras no vió lo que describe. No estuvo ahí cuando los campesinos se unieron a las guerras. Pero de niño llegó a conocer esa vida pueblerina, especialmente en la Sabana de Bogotá. Sabe de lo que habla. Él se puede imaginar a ese campesino escapándose del tedio y del aislamiento de su vida. Lo que revela en su texto no son las aseveraciones de un historiador que maneja los hechos. No dice algo que sea claramente empírico. Escribe un ensayo. Habla de supuestos históricos, de posibilidades. Se aproxima al pensamiento metafórico. Es un texto, digamos, literario. Sus conceptos son el silencio, la soledad, la fiesta, la conversación.

Sin duda yo ya había leído estas palabras hace unos veinticinco años, cuando la primera parte de este texto apareció en las librerías de Bogotá como *Mi gente*. Pero no tengo recuerdo de haberlo hecho, quizás porque en ese entonces no me preguntaba por los que vivían en el campo. Escribía historias de política y de violencia urbana, especialmente de Bogotá, elaborando historias orales, describiendo las vidas públicas de personas que hacían lo posible para identificarse, para salir del anonimato, y de los que añoraban seguir a esos líderes.

Pero ahora, por primera vez pude imaginarme a un campesino, y a miles más, abriendo el ojo un día de madrugada, diciendo, 'carajo, me voy de esta mierda, me largo,' e irse en busca de otros que albergaban iguales sentimientos. De esas palabras empecé a concebir una idea central para mis meditaciones, la cual como historiador no sé cómo comprobar o refutar: lo que la gente del campo quería era participar, participar en la nación, en el quehacer público, por amor a la patria, por dejarse ver, hacerse sentir, por miedo a quedarse atrás, solos, olvidados, en la soledad. Y lo que no se logró, desde arriba, fue encauzar a toda esa gente llena de deseos y de energía hacia una vida diaria que no llevara a tantas muertes. Quizás algunos de los de arriba no creyeron que la paz en el campo era posible, y por lo tanto no la buscaron. Por lo pronto no lo puedo asegurar. Pero ahora puedo pensar en ese hombre de pie al suelo que salía en pos de algo grande, de la bulla, de una causa, una acción, algo que valiera la pena. Así llegó a gritar los "vivas" y los "abajos" que le proporcionaban un fervor colectivo a su frágil existencia individual. Empecé a pensar las guerras y las violencias colombianas como algo que no era simplemente el resultado de las manipulaciones ejercidas por los de arriba, por los jefes militares prestigiosos y sus treinta y pico de amigotes, por jefes menores, capitanes resueltos, terratenientes poderosos, gamonales, políticos, mayordomos, empresarios, alcaldes, y matones, que envolvían a campesinos pasivos, humildes y embrutecidos en sus múltiples proyectos económicos y políticos. *La Violencia*, acaso, también se podría pensar desde abajo. *La Violencia* era sin duda una larga serie de conveniencias, pero acaso también de convicciones.

Desde que leí las palabras de Alberto Lleras, busco una aproximación a los eventos urbanos y rurales de los años cincuenta pensando en los sitios de silencio y la soledad en la vida de los de abajo y los de arriba. Busco también los silencios y las soledades de mujeres que se quedan atrás; los de las viudas; de las mujeres que saben que sus hombres están matando y robando, y ya no pueden hablar, y llenas de miedo y de vergüenza, se meten a sus casas, cierran las puertas y las ventanas; de matrimonios que ya no saben de qué conversar por temor a lo que van a decir y oír; de los hombres que matan y roban y difícilmente pueden hacer alarde de sus acciones, por lo menos no hasta que les llega la borrachera y entonces ya nadie les hace caso; de los niños que ven cómo son asesinados sus padres. Busco a los guerrilleros dejados en el campo entre 1950 y 1953 por los jefes políticos de las ciudades, que se quedan solitos sin saber bien a bien cómo defenderse de los chulavitas, y sienten como día tras día dejan de ser heroicas guerrillas liberales peleando por la libertad y la nación, y se van convirtiendo en lo que no quieren ser, en unos simples bando-

leros que no pueden hacer más que defender sus vidas, robar para poder vivir, y se van deslizando hacia esos menudos hechos de violencia de los que habían intentado escapar. Busco a los pequeños pueblos en largas noches de toque de queda, cuando nadie, o casi nadie puede salir a la calle, a donde las putas, o a conversar, a tomar trago, o ir al cine, ni siquiera cuando la función es "buena para todos"; a los pueblerinos que ya no están seguros de quién se pueden fiar. ¿Dónde más se encontrará el silencio y la soledad durante los años de *La Violencia*? Sin duda está en los entierros y los cementerios; en el reconocimiento de que la muerte anda por todos lados; en la vida de aquellos que se quedan con fincas, o tiendas, o casas, y no pueden decir cómo llegaron a hacerse de ellas. Parece que *La Violencia* es una larga y angustiosa vivencia de profundos silencios y soledades, públicos y privados. Seguramente, casi todos los que la aguantaron, no querían que fuese así. Buscaban en vez, hacer ruido, bailar, pasar un buen rato, conversar, tomar trago, tenerse confianza, ser importantes, ser liberales, conservadores construir una patria mejor. Porque lo que a los colombianos les gusta es la fiesta, la participación, las causas y los ideales.

Descubrí ahí mismo lo que también ya sabía: nuestras historias escritas de las violencias de mediados del siglo anterior, son historias de gente que en gran medida nos es anónima, desconocida. Pocas personas de pie al suelo, de carne y hueso, aparecen en nuestros textos. Nos hemos preocupado por definir *La Violencia*, caracterizarla, catalogarla, y compararla; decidir sobre sus varias etapas, cuándo comenzó y cuándo terminó; determinar si era o no era revolucionaria, o mejor dicho, lamentar el hecho de que no lo fue; establecer si los bandoleros, algunos de los cuales sí tienen nombre propio, eran bandoleros primitivos, sociales, o tan solo bandoleros; si el accionar de los violentos era ideológico o no; de cuáles eran las estructuras socio-económicas que llevaron a la hecatombe; y sobre el papel de las instituciones, de los partidos políticos, y el de la Iglesia y los curas en sus parroquias.

Colombia es un país, en palabras de Alvarez Gardeazábal, "poco habituado a revisar su pasado."³ No se ha pensado mucho en *La Violencia*, y no son muchos los libros sobre el fenómeno, y menos los que se han leído. Persiste la idea de que fue una época de una patología generalizada, de locuras, de gente mala, unidimensionalmente mala, llena de defectos y vacía de virtudes, de gente de campo, ignorante y supersticiosa, que mataba sin saber lo que hacía. Es una historia, o una nebulosa memoria, en la cual rara vez aparecen seres humanos reconocibles como tal.

La historiografía del fenómeno ha contribuido a esta visión del pasado. Muchos de los textos de historiadores y cien-

tíficos sociales tienden a rechazar contundentemente, no solamente a los jefes liberales y conservadores, y a los matones, los gamonales, y los pájaros, sino también a todos aquellos colombianos de pie al suelo que no lograron organizarse para protestar y lanzarse en contra de la sociedad. Son textos excluyentes. Al pueblo se le trata de bofetadas. En uno de los mejores textos que tenemos, por ejemplo, los autores dicen lo siguiente sobre los que convivieron en el Valle del Cauca con *El Cóndor*, León María Lozano, y los pájaros: “[S]e trata de una violencia en la que la masa no participó, por ejemplo, no impulsó reivindicaciones por la tierra, como sí sucedió en el Tolima y en los Llanos: confusa e inmóvil, puso los muertos o el silencio cómplice suficiente para salvar su existencia.”⁴ ¡Vaya sentencia! Pero el silencio entre los humanos no es simplemente un signo de complicidad con las atrocidades y las fechorías.

Resulta que son pocos los testimonios que tenemos. Escasamente hemos logrado escribir unas historias orales de *La Violencia*, y ahora sin duda ya es demasiado tarde. No hemos podido elaborar preguntas que nos ayudarían a recuperar la experiencia vivida de *La Violencia*, en parte porque teníamos razón en pensar que la gente común del campo no quería hablar sobre sus experiencias, y también, pienso yo, porque estábamos convencidos de que los que vivieron esas experiencias no estaban capacitados para contestar las preguntas que podríamos haber formulado en los años sesenta y setenta.

“¿Tiene usted conciencia de la clase social a la cual pertenece?” “¿Sabe que usted es un hombre explotado?” “Eso lo de *La Violencia*, ¿fue un movimiento progresista, o algo reaccionario?” “¿Que significa el liberalismo para usted?” “¿Se siente usted enajenado del medio social?” “Oiga hermano, cuénteme una vaina, ¿cómo fue que se dejó engañar por ese gamonal del pueblo?” “¿Señora, *La Violencia* en algo contribuyó a su ‘empoderamiento’ o reforzó al dominio que su esposo tuvo sobre su vida?” Esta última pregunta es más bien de los años noventa.

Seguramente los de abajo no hubieran tenido muchas ganas de contestar esas preguntas, y tampoco otras que con un poco de más imaginación, quizás nos hubiéramos inventado. Esto lo ha entendido Alfredo Molano, autor de *Los años del tropel: Relatos de La Violencia*, un singular libro de testimonios sobre *La Violencia*. “Ya que las víctimas fueron, en la casi totalidad, humildes cultivadores que después de jugarse la vida sólo conquistaron, temporalmente, la tierra que cubrió sus huesos y a quienes de haberseles preguntado sobre el Estado o los postulados liberales, hubiéramos visto hacer cara de absoluta incompreensión.” En vez de hacer preguntas, Molano se pone a escuchar. “De allí la urgencia de encontrar a los protagonistas y de escucharlos pacientemente, siguiendo sus códigos, antes que jalonándoles sus trochas.”⁵

Pensemos de nuevo en las preguntas de una posible historia oral de *La Violencia*, que como hemos dicho, ya es una historia que muy difícilmente se puede armar.

—Dígame señora, ¿cómo fue todo eso de *La Violencia* aquí en el pueblo?

—Pues, no, nada. Pues, ahí iban apareciendo los muertos. Realmente no pasaba mayor cosa. Algunos por allá se volvieron ricos. Consiguieron terrenos, quién sabe como. Eran muchos los sinvergüenzas que andaban por estos lados.

—Y usted, señora, usted que hacía?

—Pues nada, no había nada que hacer.

—Se sentía muy sola, señora?

Y entonces, después de una corta pausa, empieza el chorro de palabras. Primero lo muy personal, el cuarto oscuro ahí en el primer o segundo piso de la casita, las largas horas, la tensión, hasta llegar la señora a pensar y a hablar acerca de la calle, la neblina, el pueblo, de lo que ella medio sabía, lo que decía la gente, los chismes... la historia, pues. ¿Será?

—¿Y su marido, señora?

Por otro lado, en las ciudades, y especialmente en Bogotá, lo que me tiene impresionado ahora es el nivel frenético de actividades políticas e intelectuales en que se metieron los jefes políticos durante esos años en los que ellos, y particularmente los liberales, se fueron separando de la política rural y de sus conexiones clientelistas con las guerrillas. Era una cosa sin parar. Reunión tras reunión. Declaraciones. Resoluciones, Diálogos. Conversaciones. Discursos. Preparaciones. Peleas. Discusiones. Libros. Ensayos. Artículos. Relatos. Elogios. Poemas. Viajes, domésticos y al extranjero. Se la pasaban en Techo, el aeropuerto. Era una vida pública agitada, llena de ritos, cada uno cuidadosamente preparado.

Después de haber estudiado durante años la vida pública de estos hombres de 1930 hasta 1949, me ha sorprendido su vitalidad durante los años cincuenta. Yo me había imaginado que después del 9 de abril y con el gobierno de Laureano Gómez y Urdaneta Arbeláez, que éstos jefes políticos habían dejado de participar tan arduamente en la cosa pública, y que agotados y vencidos, cínicos y pesimistas, se habían refugiado en sus casas y en el exilio. Pero no fue así. Al contrario. Es casi como si ya sin su tradicional clientela por todo el país, trabajaron el doble en la ciudad para mantener su perfil, para estar en público, quizás para no entrar en esa soledad y ese silencio que aparentemente tanta gente teme en Colombia. Desde el exilio no hacían más que pensar en Colombia, mandando cartas y declaraciones casi a diario. El solo leer a Carlos Lleras Restrepo en su *Crónica de mi propia vida* para esos años deja al lector exhausto, postrado sobre el escritorio. Eran hombres de mucha bulla, de una gran pasión política. Los jefes

liberales luchaban por la democracia y en contra del gobierno autoritario de los conservadores. Me estaba dando cuenta que aunque en Colombia se ha vivido un gran abismo entre la vida urbana y la del campo, ambos compartían una cultura política. Las distancias no eran tan grandes. En ambos lados, lo que se busca es la participación.

Al estar imaginándome *La Violencia* como un fenómeno bastante personal, individual, íntimo, descubrí otro concepto. Se trata del honor, y para muchos de aquéllos que no lo consiguen, la humillación. Empecé a pensar en el significado del honor y de la humillación en *La Violencia* colombiana cuando leí unas palabras que Arturo Alape nos ofrece de *Tirofijo*, cuando el guerrillero está acordándose de los años cincuenta, cuando todo aquello de *La Violencia* comenzó. De nuevo, estas palabras las había leído hace más de una década por primera vez, pero parece que entonces no me causaron mayor impresión.

*“¿Que planes tienen? ¿Que dicen los Lleras, los López? Nada, silenciados... ¿Que dice la dirección liberal departamental...? Pocas noticias. Nada en absoluto, dejaron de abrir la boca, la sellaron de pensamientos, por lo tanto dejaron de pensar por miedo físico. Por lo menos ya no actúan. Nosotros no sabemos nada en absoluto, esa gente está perdida en la bruma de la legalidad de las ciudades... [E]sta situación está muy complicada, parece que todo cambió de carácter, entonces hay que buscar una solución. Ya uno se decía, ¿pero con quién la buscamos? ¿A quién recurrimos? ¿Las armas, dónde están las armas, como se consiguen...? Si nos quedamos así de tranquilos, nos van a matar a todos. El cuerpo ya no resiste más humillación.”*⁶

¿Un *Tirofijo* que se siente humillado? Ese guerrillero silencioso y enigmático, ese hombre que casi nunca abre la boca, que no ha dejado de combatir en cuatro décadas de agitada existencia, ¿humillado? De pronto el principal guerrillero colombiano se convirtió en mi mente en un hombre menos misterioso, más humano, alguien a quien quizás lograría comprender.

Y al encontrarme con este “nuevo” subversivo combatiendo con rencor, buscando sanar esa humillación de hace tantos años, buscando cómo hacerse de un fusil, me dí cuenta de lo que ya muchos saben: *Tirofijo* es un hombre, y aunque el honor y la humillación son sentimientos humanos, tienen un especial cariz masculino. Al volver una vez más a las palabras de Alberto Lleras, me encontré que se refieren a hombres y mujeres, diferentes los unos de los otros. No fueron mujeres las que de un día para otro decidieron largarse, dejando a sus hijos y a sus maridos, para ir en busca de quién sabe qué. No me había dado cuenta antes. Y con estos pensamientos *La Violencia* se me viene apareciendo como un fenómeno imbuido por diferencias de género, de hombres en busca de una vida

colectiva y de honor, y de mujeres silenciosas y avergonzadas. Seguramente es una conclusión demasiado tajante, maniquea, pero por ahora ahí la dejo. En el campo colombiano en los años cincuenta, la mujeres no vestían de ruana. Algunas mujeres sí se convirtieron en guerrilleras, pero la participación pública de la mujer en *La Violencia* dista mucho del protagonismo femenino en el conflicto colombiano de 1980 hasta hoy.

Pensando en las mujeres que vivieron *La Violencia*, y en todas esas soledades, llego a darme cuenta de lo que debería haber sido más que obvio. Durante todos esos años, la gran, gran mayoría de los colombianos del campo, mujeres y hombres, no mataron a nadie, no pensaron seriamente en matar a alguien, y no fueron víctimas directas de una agresión física. La historia de *La Violencia* no es únicamente la historia de los violentos, de los matones y los muertos. Es la historia de los vivos. Y es la relación entre unos y otros, entre los matones y los que no participaron públicamente en actos violentos. Podríamos imaginarnos, al pensar *La Violencia* de abajo hacía arriba, que los que están más abajo en la vivencia de ese fenómeno, son los que no la vivieron públicamente. ¿Será posible recuperar esas experiencias?

Empecé a darme cuenta que junto con el silencio y la soledad, el honor, la humillación y la vergüenza, aparecen en una fuente tras la otra, de las pocas fuentes históricas que he podido husmear. Y así como con el silencio, el honor me ayudaba a ver al campesino y al jefe político de la ciudad a la vez. El individuo por sí solo no tiene honor ni se puede sentir humillado. Son cosas públicas. El honor se busca en la mirada y la opinión de otros. Uno mismo puede ser un idiota, pero no se humilla. Otros son los que nos hacen sentir la humillación. Uno se siente avergonzado ante la sociedad, ante la mirada de otros,⁷ por lo que uno mismo o un ser querido o conocido ha hecho.

La gente común, o mejor dicho, los hombres del campo buscaron el honor entre ellos, unas veces con éxito, otras no. Pero aun más, lo buscaron de los de arriba, de los jefes gamonales y los cóndores del campo y aun más todavía, de los jefes políticos de la ciudad, de los doctores. Así nos podemos imaginar *La Violencia* de abajo para arriba. A través de este lente, quizás será posible pensar los hombres y las mujeres que vivieron *La Violencia* en el campo y también en la ciudad, como individuos imbuidos de una dimensión ética, reconocibles ante nuestros ojos. Los guerrilleros liberales se sintieron humillados cuando los jefes políticos les dieron la espalda. Pero seguramente los jefes no buscaban imponer esa humillación. Buscaban recuperar un orden que era para ellos entendible, una democracia con elecciones y un congreso que funcionaba, dentro del cual vivirían en la ciudad. Así quizás es posible pensar *La Violencia* como una serie de experiencias que van

mas allá del acostumbrado conflicto entre los malos de la ciudad y los malos del campo.

Los (hombres) de arriba y los de abajo también se relacionaban entre sí porque ambos hacían parte de una misma cultura. Ambos buscaban salir del silencio y del anonimato en pos del honor y la distinción. La diferencia, a grandes rasgos, radica en el hecho de que el silencio, la humillación y la vergüenza agobiaron a muchos, a muchísimos de los colombianos que vivían de pie al suelo en el campo, mientras que varios, podríamos decir que muchos de los líderes en la ciudad, lograron una vida colectiva de grandes ritos y con varios honores.

Llegando a pensar *La Violencia* colombiana como una larga serie de interrelaciones personales e íntimas, entre personas que se conocen y no se conocen, entre individuos de carne y hueso, entre hombres y mujeres, niños y viejos, entre *cóndores*, gamonales, *doctores* y gente anónima y desconocida, me dí cuenta que éste era el terreno idóneo de la literatura, de las novelas, de la ficción. Porque el rasgo definitivo de *La Violencia* es su cotidianidad. Se dió en la vida diaria de la gente, en sus casas, en sus calles, sus lugares de trabajo y de recreo. Y era un fenómeno que no tenía límite de tiempo en el día. Era de veinticuatro horas. Afectaba a todos en un pueblo tras otro.

¿El historiador tiene fuentes para descubrir las vidas de esas personas de pie al suelo en *La Violencia*? Hasta el momento, no las hemos descubierto. Quizás no las hemos buscado. Nos han interesado los que vivieron *La Violencia* no tanto como seres humanos sino como agentes políticos y también económicos. Eduardo Caballero Calderón, novelista fuertemente criticado porque sus textos no trazan un contexto ideológico y político claramente definible, expresó hace más de veinticinco años lo que pocos historiadores podrían aseverar hoy día de los sujetos de sus estudios. “A mi Siervo [protagonista de su novela *Siervo sin tierra*] me interesaba no como ente político sino como ser humano.”⁸

Me puse a leer algunas novelas, algunas no por primera vez, de esa “literatura de *La Violencia*” de la cual tanto se ha dicho y escrito, para ver que me decían. Me he encontrado, felizmente, con algunos mundos repletos de ejemplos, de atmósferas, de acciones, de individuos, que nos revelan *La Violencia* colombiana como una vivencia no sólo de muertes, de verdugos y de víctimas, sino también de silencios, soledades, honores, humillaciones y vergüenzas.

Dentro de esa literatura, la obra de Gustavo Alvarez Gardezabal me ha dado mucho que pensar, quizás, porque como el novelista mismo lo dice, él es “un teórico del poder que se fijó no en los detalles filosóficos desprendibles de una ejecutoria sino en las minucias humanas de sus protagonistas...”⁹

Buscando esas minucias, el novelista entiende que los seres humanos estamos “tan llenos de defectos como de virtudes.”¹⁰ Además, las relaciones que pinta Gardezabal entre hombres y mujeres van más allá de visión dicotómica de dominación masculina y subordinación femenina que hoy domina el análisis académico. Tampoco logramos distinguir fácilmente entre los actores de *La Violencia* y las víctimas de ésta. Con Gardezabal, parece más bien que muchos de los que vivieron esa época son actores y víctimas a la vez.

Unas pocas imágenes tendrán que bastar. Empezemos no tanto con el respetado y temido *Cóndor* de Tuluá, León María Lozano, sino con su esposa, Agripina Salcedo.¹¹ Agripina vive su vida en Tuluá enclaustrada en su casa. Sale a misa de once, pero siempre acompañada de Carmelita Lozano y misía María Cardona. Su celoso esposo la encierra bajo llave para que no salga ni siquiera a la tienda de Don Fortunato, en frente de los Salesianos (54). Durante casi nueve nueve años de noviazgo, escasamente se deja tomar de la mano, y León María no la besa sino el día mismo de la boda. Agripina se casa con León María sabiendo que su esposo está enamorado de María Luisa de la Espada. Se levanta todos los días bien temprano a prender el fogón de brasas para hacer las arepas (46). Vive bastante sola. No puede tener hijos. Ama a León María, y sabe que él no la quiere.

En un análisis de la vida diaria, precisamente de los espacios y las puertas, los silencios, las soledades, y los distanciamientos, de los sordos y los mudos, y los chismes en el triste pueblo de Tuluá que describe Gardezabal, el crítico literario Andrés Hurtado García afirma que “casi causa afrenta la impasibilidad con que Agripina se deja esclavizar por su marido.”¹² Quizás. Pero el novelista mismo entiende que su personaje no es simplemente una mujer pasiva y aterrada que no logra construir su vida. Al contrario. Gardezabal escribe que Agripina es “invulnerable”(51). Lo sabe casi todo, y casi todo lo sabe manejar.

Agripina sí sale de su casa. Al enterarse de que la galería donde su marido tenía su puesto de venta de quesos se estaba incendiando, “[d]ejó lo que tenía en sus manos, y salió despaavorida, calle de los salesianos abajo. Se metió como pudo, rompiendo cordones de policía hasta que llegó a la puerta de la galería donde quedaba el puesto de León María. Se paró en la puerta de la plazoleta y ayudó a sacar los quesos que pudo antes de que las llamas, que ya se habían comido media manzana, llegaran por los dos lados a acabar con el puesto de su marido”(54). Agripina sabe perfectamente que la pobreza no debe entrar en su casa. Entiende que su esposo tiene que tener ese lugar público en el pueblo, vendiendo quesos. Defiende a su familia, a su lugar en la sociedad.

Agripina sabe quién es, y cual es su lugar en la sociedad de Tuluá. Cuando llegó María Luisa Sierra, la de la "lengua viperina" a contarle el chisme de que su novio andaba con la María Luisa de la Espada, Agripina "le paró tan pocas bolas que al día siguiente recibió a León María con una amabilidad tal que él mismo extrañó." Cuando llegó Gustavo Delgado a contarle lo mismo, "Agripina rió sin parar, le dijo por qué no iba el a probarla [a María Luisa de la Espada] y le contaba que tal era para así poder tener las mismas dotes el día que León María se casara." Y a Ester Urrea le contestó que "siquera María Luisa podía hacerlo sin que nadie dijera nada o ella fuera considerada como sinvergüenza, porque ahí donde la veía, ella, la hija de Mariaengracia Salgado, que comulgaba todos los días, era socia activa de la asociación del Sagrado Corazón, y pertenecía a la cofradía de María Auxiliadora, se moría de ganas de hacerlo. Que por qué no la acompañaba con el Julián Gardezabal, que ella sabía que era el novio oficial de Ester Urrea, y se iban para Palmira, donde el lego, y probaran aquéllo a ver cómo era" (52). Agripina Salcedo es una mujer honorable.

Agripina sabe que debe hacer y que no. A diario se sentaba al lado de su marido mientras él leía en voz alta los editoriales de *El Siglo*, el único periódico que llegaba a la casa. Pero "Agripina jamás se llamó conservadora ni le preguntó nada a su marido de las cosas del partido." (58) Cuando llegaron a la casa las tres cajas de carabinas, "Agripina quedó mirándolas, ayudó a su marido a meter las cajas debajo de la cama y aunque muy claro vió que en ellas no podía haber nada bueno, empezó su silencio, su desconocimiento de lo sucedido, su mutismo integral" (70).

"Quizá por eso ha aparecido siempre ante los ojos de Tuluá como la ignorante de las andanzas de su marido y se ha negado a oír todo lo que de él empezaron a decir desde esos días" (51). Errónea y unidimensional era la idea que Tuluá tuvo de Agripina, así como también lo es la visión vacía, escrita e imaginada, que de la vida de miles de mujeres durante *La Violencia* hemos tenido los historiadores.

Agripina salió corriendo una vez más de su casa, detrás de su esposo que buscaba aire en la calle ya que no lograba respirar porque el asma lo estaba asfixiando. Como todos los demás que vivían en Tuluá, sabía que era en la mitad de la calle donde iban a matar a León María. Salió a protegerlo. Llegó tarde, cuando su marido ya caía acribillado por Simeón Trinidad.

Al día siguiente iría al entierro de su marido, junto con sus dos hijas, las niñas de León María y María Luisa de la Espada, que Agripina crió y amó como si hubieran sido suyas. Eran de su marido. Agripina terminó viuda. Nunca le hizo daño a nadie. Fue participante integral en *La Violencia* que vivió su país. "Quizás por esa soledad de siempre estuvo ciegamente enamorada de León María hasta perdonarle no solamente las salidas a

donde María Luisa de La Espada sino recibirle con cariño el par de huerfanitas" (34). ¿Sería posible que alguien llegara a pensar que los silencios de Agripina son un signo de su complicidad con los asesinatos que organizaba su esposo?

¿Y que podemos decir de León María Lozano, aquel hombre asmático, de voz gangosa y ojos de mula cansada, que casi nunca abrió la boca, y llegó a ser, sin que el mismo supiera bien cómo, el "jefe y señor de las bandas de pájaros del Valle del Cauca," y "conocedor íntimo de lo que pasó en Tuluá durante cinco años" (159)? Defendió, como bien lo podríamos (¿o deberíamos?) haber hecho cualquiera de nosotros, el colegio de los salesianos de una embriagada turba liberal en la tarde del 9 de abril de 1948. Lo hizo espontáneamente y por convicción. "Nadie, ni siquiera él, llegó a saber nunca cómo fue capaz de atajar la turba..." (13). Fue un acto honroso. León María Lozano era un ferviente joven católico, que amaba al Partido Conservador y se sentía orgulloso de su pueblo, de Tuluá.

Luego le pasó lo imprevisto. "León María...no fue conciente en los primeros días de lo que había hecho, y aun cuando siguió madrugando para ir a vender en su puesto de la galería, poco a poco se fue dando cuenta que no solamente le compraban más quesos, en algo así como el premio por su labor católica, sino que los muchachitos de las escuelas pasaban por su puesto del costado Sur del patio de los plátanos como quien va a mirar las visitas de tipos de la película del teatro. Eso cambió totalmente su modo de actuar" (17-18).

El resto es historia. Llegó un telegrama, llegaron los doctores de Cali, le dieron sus pesitos y las carabinas, y poco a poco se adueñó del poder, hasta perder la vida. Pero primero fueron esos muchachitos del colegio, y también las señoras que le compraban el queso y lo miraban con admiración, los que le dieron una nueva imagen de poder a León María Lózano. Sin ese convencimiento, quizás León María no se hubiera reunido en Tuluá con esa comitiva de doctores de Cali. La Violencia es un fenómeno que se va formando por miles y miles de pequeñas acciones, de guiños y de gestos. Nos podemos imaginar cómo la Violencia se va formando desde abajo en las acciones diarias de gente de carne y hueso.

Pero la historia del *Cóndor* no comenzó simplemente con esa descabellada actuación el nueve de abril. Casi veinte años antes, cuando León María tenía apenas veinte años y todavía trabajaba en la librería de don Marcial, ya amaba tan apasionadamente a su Partido Conservador "que cuando el Maestro Valencia se lanzó en disidencia para la campaña presidencial de Olaya Herrera...dejó no sólo de saludar a los amigos de esa candidatura en Tuluá...sino que cuando alguno de ellos llegaba no les vendía un solo libro y llamaba a don Marcial para que los atendiera" (56-57).

Este comportamiento partidista colombiano lo hemos entendido mas bien pasivamente como los “odios heredados.” Los colombianos nacían o conservadores o liberales. Sin duda así fue. Pero aquí vemos a un joven cualquiera, de poca educación, que no leía los libros de aquella librería, y que tenía una imagen de sí mismo que iba más allá de su existencia personal, que lo conectaba con muchos otros colombianos, le daba una identidad, hasta unas ideas, unas convicciones. Se podía sentir orgulloso de ser conservador, especialmente cuando años después defendió al colegio de los salesianos y Doña Midita de Acosta se encargó de convertirlo en mito. Lo picó la vanidad. Naturalmente. Se sintió importante. El fue quién buscó a los hombres grandes de su partido y de su nación, él fue el que les mandó a los doctores de Cali el primer telegrama. Quiso entrar en la historia de su país por la puerta grande. Ellos se lo encontraron, viviendo por allá en Tuluá, y le contestaron el telegrama. A *Tirofijo* los doctores liberales lo humillaron. A León María los doctores conservadores lo engrandecieron. Fue cuando empezaron a aparecer los muertos en las calles de Tuluá. *La Violencia* se va formando de abajo para arriba, y de arriba hacia abajo.

¿Que más sabemos de León María? Es un hombre honesto. Falsifica unicamente un documento, el primero, una vez, para poder vender quesos y para poder ser conservador. Mensualmente paga su contribución al directorio conservador. No recibe un centavo por su fidelidad a los principios del partido conservador. Su casa, y la de Agripina, se convierte en el museo regional del partido conservador. Cuando van a llegar los doctores de Cali o de Bogotá, “se entusiasmaba tanto con la posibilidad de que Tuluá quedara bien representada, que iniciaba casi siempre la colecta para que la delegación no pasara incomodidades, se alojara en hotel de primera y pudiera ofrecerle por su cuenta una copa de champaña al doctor Gómez y otra al doctor Ospina.” (59) Va diario a misa de seis de la mañana. Rompe las tejas cuando le bota el balde de agua sucia a Poncho Rentería para que no vuelva a llevarle serenata a su hija, se disculpa de todos los vecinos, y paga el arreglo. Manda matar liberales para eliminar cédulas electorales, porque entiende que los liberales son malos para el país. Es un macho de lo peor. Es un padre ejemplar de sus dos hijas. Casi llora dándole el pesame a la viuda de un pájaro. Nunca manda matar a una mujer, y cuando los pájaros asesinan a Angelina Trujillo, la puta grande de Buga, “el se sintió tan arrepentido que durante tres meses seguidos —hasta que le consiguió un puesto en la contraloría— le mandó semanalmente con qué comprar el mercado en un sobre sin firma a su hijo, huérfano total. No podía perdonar que sus hombres mataran a una mujer... (128)..

Son los liberales, que hablan y hablan de él, y es *El Tiempo*, dónde se publica la denuncia de sus acciones, y no sólo los

muchachitos de Tuluá y los doctores conservadores de Cali, que lo convierten en el temido *Cóndor* quién con el dedo meñique controla todo lo que ocurre en el Valle del Cauca. Nunca mata a nadie, y ni arma porta. Es el más católico de los hombres de la parroquia, el más trabajador, y el más responsable. Cada semana le manda un queso a doña Gertrudis de Potes y a don Marcial Gardeazábal, liberales ambos, para agradecerles la ayuda que le dieron cuando era joven. “Tuluá no tuvo conciencia de su conservatismo y cuando lo vió defender con fiereza sus principios creyó que lo hacía solamente por un sueldo y no por convicción”(61). Es una visión demasiado unidimensional la que tuvo Tuluá del *Cóndor*; comparable a la que nos han dado los textos de la historia. Si Tuluá misma no entendió a cabalidad a Agripina y a León María, ¿cómo lo lograrán los historiadores?

León María es partícipe integral de *La Violencia*. *La Violencia* lo mata, violentamente. Sale perdiendo. Busca una vida en grande, a la luz de los demás, pero ni en su mesa de costumbre en el *Happy Bar*, ni cuando nombra maestros e inspectores de policía, ni cuando revisa toda la correspondencia que llega a los despachos oficiales, vemos a un hombre con un poder abierto, un hombre popular, un líder que lleva una vida de honor y distinción. La suya es una existencia sigilosa. La muerte lo persigue. Vive en el miedo. Lo envenenan a él y también a Agripina, que no tiene nada que ver con esos conflictos públicos. El poder que tiene León María le llega de noche, cuando se oyen los disparos y al día siguiente aparecen los muertos. Siempre quiso pronunciar un discurso en una manifestación, pero *los doctores* nunca lo dejaron. Llegando a viejo, llegó a convencerse de que perdía su voz, “que ya no hablaba claro... y había ido convirtiéndose en un gordo fofo, con menos pelo que antes y un tufo permanente a naranja agria. Entonces escogió las órdenes escritas” (128). Se quedó en el silencio León María.

El personaje principal de los varios relatos del texto de Alfredo Molano, publicado en 1985, catorce años después de *Cóndores no entierran todos los días*, es precisamente, León María Lozano, *El Cóndor* de Tuluá. Es un texto de testimonios que el autor novela en algo, dónde aglomera varios personajes en uno, convirtiéndolos en colectivos. El León María que conocemos a través de esos testimonios colectivos es casi el mismo del de *Cóndores* de Gardeazábal. Es un hombre complejo, lleno de ideales, de inseguridades, y de maldades. Algunos hechos no coinciden. León María no muere asesinado en Tuluá, sino en Pereira. Agripina le dió una hija, Violeta. *El Cóndor* tiene un perro que lo sigue a todas partes.

En este texto, como en la novela, *El Cóndor*, en boca de “El Maestro” que lo conoció bien, “fue un hombre que nunca ambicionó dinero, ni riqueza, ni honores: el sólo vivía para su fé, eso era lo que le importaba, sólo eso. El podría haber sido un

hombre muy rico, porque tuvo todo en sus manos” (37). *El Chimbili*, uno de los pájaros más temidos del Valle del Cauca dice que “ese hombre se hizo solo y llegó a ser uno de los más respetados del conservatismo, tanto que en el Directorio de Tuluá todavía había, hasta hace poco, un retrato de León María...Era un hombre humilde, valiente, recto, que amaba a su hija, y a su mujer...No llegó a matar” (204).

Al *Cóndor* lo entierran, y ahí termina el relato. Pero la gran mayoría de los colombianos, en el campo y la ciudad, siguieron con vida. Del texto de Alfredo Molano sabemos de Nacienceno Ibarra, conservador, soldado, miembro del Batallón Guardia Presidencial, lector y admirador fanático de la historia del país, “militante del partido conservador por convencimiento y credo político” (286). Su hija está paralítica e Ibarra le escribe a Alvaro Gómez para ver si le manda el partido platica para alimentarla, y unas ropitas y unas drogas “pues tengo que curarle la heridas vivas de la operación dos veces diarias.”

Bueno, ni una palabra me respondió el doctor Alvaro, ni una sola palabra y la hija todavía está aquí, paralítica, sin poder moverse...Eso no puede ser así. No. Cuando ellos le piden a uno ayuda, así sea para cosas que uno no comprende, uno está dispuesto a jugarse la vida, pero cuando uno les pide un auxilio, así sea pequeño, se hacen los pendejos.

Ese es su reclamo a nivel personal. Luego viene el reclamo político.

Por eso es que la política ya no entra y uno no cree...Después de tantos años de uno jugarse por ellos, ellos ni lo miran siquiera. Pero también uno día a día los mira menos. Ellos también se van ahorcando con el propio lazo con que lo llevaba antes de las narices...[P]orque ellos, o sea los políticos, en vez de defenderlo a uno y de ayudarlo, lo que hacen es traicionar al Partido, traicionarlo a uno.....Para mí tengo que todo eso comenzó con la desmoralización de los dirigentes, por sus cabezas más importantes y principalmente con la de la Iglesia. Porque la Iglesia se vino abajo de unos años para acá. Ya el cura no es cura, la doctrina no es doctrina, los feligreses no son los feligreses. Ahora se dice que Dios no creó al hombre sino que el hombre salió de los animales y de las plantas. Dios no le dió la lectura y la escritura al hombre sino que él se la inventó solo. Así el hombre puede ser conservador, liberal, ateo o hereje y se salva. Ya no importa ser bueno o malo porque todos nos salvamos...Todo es desorden, caos...Faltando Diós, todo se viene abajo...Por eso el Partido Conservador no se volverá a levantar, y por eso nosotros los conservadores, ya no creemos en nada. Ni siquiera en lo que hicimos. (286-88).

Para los historiadores que han escrito sobre *La Violencia*, aquel fenómeno llegó a un fin en unas fechas

determinables, y luego las cosas mejoraron. Para algunos, quizás muchos de los que vivieron *La Violencia*, la vida continuó, con otras dificultades e incertidumbres, con nuevas soledades y nuevos silencios. Los Nacienceno Ibarra se entierran todos los días.

¿No será que la gran ironía de la historia colombiana de esos trágicos años —y quizás de muchos otros también— radica en el hecho de que miles de hombres colombianos que buscaron salir del silencio de sus vidas, del anonimato, para vivir con un sentido del honor, patrióticamente, respetados por los demás, se metieron en algo grande que llegó a llamarse *La Violencia*, y cayeron de nuevo, en vida, en un silencio todavía más profundo? ¿Podemos dudar que muchas de las acciones de estas personas avergonzaron a sus familiares, especialmente a sus mujeres? ¿No habrán luchado ellas en el silencio y la soledad de sus vidas para poder mantener a sus esposos, a sus hijos, y a ellas mismas, dentro de una vida familiar y cotidiana que algo de honor y decencia pudieran retener? Luego los hombres y seguramente algunas mujeres también, fueron humillados, intencionalmente o no, por los jefes liberales y conservadores. Algunos, como Nacienceno Ibarra, ya no pudieron creer en lo que ellos mismos hicieron. Defraudados, ni con sus viejos ideales se quedaron. Ha sido fácil olvidarnos de todas esas personas. Algunos pocos de los personajes de esos años, como *Tirofijo*, siguen buscando su lugar en la sociedad.¹³

El 31 de diciembre de 1956, la revista norteamericana *Time*, se refirió a *La Violencia* colombiana como “the silent war,” la guerra silenciosa.¹⁴ Hasta ahora ha sido la imaginación literaria, más que la imaginación histórica, la que les ha dado algo de vida a aquéllos hombres y mujeres de pie al suelo que vivieron e hicieron *La Violencia*. Lo novelado no es en sí necesariamente un mejor medio para llegar a recuperar la experiencia vivida de *La Violencia*. Varias son las novelas del fenómeno que son maniqueístas, y nos pintan a personajes enteramente heroicos o totalmente macabros, difícilmente reconocibles como seres humanos.¹⁵

Pero las pocas referencias que tenemos en textos historiográficos a León María Lozano y a hombres como él, no nos aproximan a ellos y a sus vidas personales y públicas.¹⁶ Además, no dicen nada sobre Agripina. Y hay que considerar que es bien probable que fue Gertrudis Potes, la mujer Liberal de Tuluá, la que convino a los hombres Liberales del pueblo, para que en una carta dirigida a *El Tiempo*, denunciaran las acciones de León María Lozano y de los pájaros en el Valle del Cauca.¹⁷ Los textos históricos tampoco logran ponernos a pensar sobre todos esos otros seres humanos que vivieron *La Violencia* en Tuluá, allá alrededor del Parque Boyacá, y que

están un poco más de pie al suelo que el propio *Cóndor y los pájaros* que él comandaba. Son algunas novelas y textos novelados los que los han traído hasta nuestros días. Gracias a la literatura, no nos podemos olvidar de ellos. Los podemos pensar. Los *cóndores* de ayer son los *cóndores* de hoy. Pueden hacer parte de nuestra memoria colectiva. Podemos imagi-

narnos la vida de Agripina Salcedo como pudo haber sido. Deberíamos respetar a los escritores que por la calidad que tienen en materia literaria, nos han dado estas vivencias colombianas, y quizás aun más cuando sean aspirantes a dirigentes del país, como lo fue Alberto Lleras y lo han querido ser otros. Es más, los deberíamos honrar.

- 1 Gustavo Alvarez Gardeazábal, "Escribir en la Colombia de hoy es una soberana pendejada," *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, diciembre 8, 1991. "Y si se revisa desde las cartas de Bolívar hasta las intervenciones y ensayos de Alberto Lleras, Colombia, hay que admitirlo, convirtió en instrumento de poder la literatura."
- 2 Alberto Lleras Camargo, *Memorias*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1997, p. 32.
- 3 Gustavo Alvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, Bogotá, Plaza y Janes, 1984, en "Aclaración necesaria," p. 8.
- 4 Dario Betancourt y Martha L. García, *Matones y cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990, p. 109.
- 5 Alfredo Molano, *Los años del tropel: Relatos de la violencia*, Bogotá, 1985, pp. 31, 30. Otro extraordinario libro de testimonios de *La Violencia*, dónde el autor se dedica a oír y ser escribano, es Jacques April-Gnisset, *La crónica de Villarica*, Bogotá, 1991. También en este género se encuentran las varias obras de Arturo Alape, algunas más noveladas que otras.
- 6 Arturo Alape, *Las vidas de Pedro Antonio Marín Manuel Marulanda Vélez Tirofijo*, Bogotá, 1989, pp. 107-108, 77-78.
- 7 "...[H]onor was not an internalized prescription for proper ethical action—it was not primarily synonymous with integrity, or honesty, or virtue—although proper action might be necessary to conserve or to pass on honor. Instead, honor was located in the public sphere, where an individual's reputation was malleable and ultimately defined by other peers." Ann Twinam, *Public Lives, Private Secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Spanish America*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 33.
- 8 Las palabras de Caballero Calderón aparecen en *Tropos* 3 (No. 1) 1973. Las encontré citadas por Kurt L. Levy, "Caballero Calderón, Autor en busca de un personaje," en Jonathan Tittler, ed., *Violencia y literatura en Colombia*, Madrid, Editorial Orígenes, p. 135.
- 9 Gustavo Alvarez Gardeazábal, *Prisionero de la esperanza*, Bogotá, Editorial Grijalbo, 2000, p. 68.
- 10 *Prisionero*, p. 40.
- 11 Alvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, Bogotá, Plaza y Janes, 1984. El libro se publicó por primera vez en 1971. Me concentro aquí brevemente en dos personajes de la obra, sólo para sugerir cómo el texto de Gardeazábal nos puede ayudar a recuperar las experiencias de *La Violencia*. La obra abre muchas más preguntas que no puedo abarcar aquí, especialmente con respecto al las formas del poder que va desarrollando Lozano, y sus precarias relaciones con los dirigentes conservadores del Valle y del país, y con *los pájaros* que se encuentran bajo su incompleta dirección. Otro texto rico en sugerencias es *El último gamonal*, publicado en 1987. Sobre *La Violencia* misma, también tenemos del autor, *La tara del papa y Cuentos del parque Boyacá*.
- 12 Andrés Hurtado García, "Tuluá, de profesión sus taras," en Raymond L. Williams, ed., *Aproximaciones a Gustavo Alvarez Gardeazábal*, Bogotá, Plaza y Janes, 1997, p. 115.
- 13 Herbert Braun, "Honor, amnesia, maldad y reconciliación en Colombia," *Revista Foro*, No. 39 (Septiembre de 2000), pp. 41-55.
- 14 "Colombia: The Silent War," *Time Magazine*, December 31, 1956, pp. 26-27. En *Cóndores* aparece un gringo que llega a escribir cuarenta páginas sobre *El Cóndor* en la revista *Life*. Ese texto es ficticio.
- 15 También ocurre que después de habernos aproximado Gardeazábal a personajes como León María y Agripina, un crítico literario vuelve a ensanchar nuestra distancia de ellos, como es el caso de Jaime Zambrano, *La Violencia en Colombia: La Ficción de Álvarez Gardeazábal y el discurso histórico*, New York, Peter Lang, 1997, pp. 104-117.
- 16 Los trabajos históricos nos ofrecen algo del contexto social y económico dentro del cual actuaron públicamente algunos individuos y grupos sociales, pero rara vez llegan hasta esos individuos. En el libro más profundo y completo que tenemos del fenómeno, *La Violencia en Colombia: Estudio de un proceso social*, (Vol. 1) de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda, y Eduardo Umaña Luna, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1952, nos encontramos únicamente con las voces de los enemigos y las víctimas de León María Lozano, pp. 165-171. *La pajarería* del Valle del Cauca es descrito como un fenómeno "inasible, gaseoso, inconcreto," terminos exactos y sugerentes, pero sin contenido. Ver también Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1983, pp. 157-162, 195. En ésta última página aparece la controvertida foto del General Gustavo Rojas Pinilla supuestamente con León María Lozano; Dario Betancourt y Martha L. García, *Matones y cuadrilleros*, pp. 106-135, presentan la mejor y más completa visión de Lozano por fuera de la literatura.
- 17 La carta fue publicada en *El Tiempo* el 10 de julio de 1955. Aparece reproducida en Betancourt y García, *Matones y cuadrilleros*, pp. 130-132.